

ANTONIO MUÑOZ SÁNCHEZ

El Amigo Alemán. El SPD y el PSOE de la dictadura a la democracia

Barcelona, RBA Libros, 2012, 500 pp.

El apoyo económico del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) y su cercana Fundación Friedrich Ebert (FFE) al PSOE y la UGT durante la transición a la democracia es asunto que desde hace muchos años despierta una mezcla de curiosidad y morbo. Un estudio de la política de la República Federal de Alemania (RFA) hacia España en los años setenta y de las relaciones entre la izquierda de ambos países, más allá del brillo deslumbrante del *oro del Rhin*, era, sin embargo, una cuenta pendiente de la historiografía. Con *El Amigo Alemán* (cuyo origen es una tesis doctoral presentada en el Instituto Universitario Europeo de Florencia), Antonio Muñoz Sánchez cubre esta carencia, y de paso realiza una importante contribución a los estudios, cada día más sólidos, sobre el contexto exterior de la Transición. Dado que el archivo del PSOE está cerrado a los investigadores de la Transición, el libro se basa sobre todo en documentación alemana.

El Amigo Alemán trata de dar respuesta a la pregunta de cuál fue la influencia que el país con mayor peso en la Europa de los años setenta, la RFA, tuvo en la transición democrática en España, centrándose para ello en un actor fundamental de aquel proceso, el PSOE. Se trata de determinar tanto las motivaciones y objetivos de la parte alemana como el impacto sobre la parte española.

Una tesis central de *El Amigo Alemán* es que desde mediados de los años sesenta, el SPD se distanció de la estrategia del socialismo europeo dirigida a aislar internacionalmente a la España de Franco. En su lugar, adoptó una política que buscaba estrechar lazos entre España y el resto de Europa por entender que así se aceleraría el ritmo de la modernización y se fortalecerían las corrientes democráticas en el país ibérico. Antonio Muñoz defiende que esta original estrategia del SPD hacia España coincide en contenidos y en cronología con la *Ostpolitik* de Willy Brandt. Ambas buscaban animar la liberalización de sistemas dictatoriales sólidos. Los socialistas españoles no apreciaron, sin embargo, virtud alguna en esta política de *Cambio mediante acercamiento* y entendieron más bien

que servía para apuntalar al franquismo. Si el acercamiento que finalmente se produjo de España a Europa durante los años sesenta y setenta puso las bases para la futura democracia, como consideraba el SPD, o más bien fortaleció a la dictadura, como entendía el PSOE, es, según Antonio Muñoz, una cuestión abierta para la historiografía. En las conclusiones del libro, el autor compara las críticas del PSOE al SPD con las de la oposición polaca al propio SPD en los años ochenta; esto es, que el partido habría estado más preocupado en mantener unas relaciones cordiales con el régimen que en respaldar a la oposición.

Que este último argumento cojea, lo demuestra el propio Antonio Muñoz al analizar en detalle el amplio apoyo del SPD, de la FFE y también del sindicato IG Metall al PSOE y la UGT desde los años sesenta. Esa solidaridad, sostiene el autor, no habría sido sin embargo aprovechada por unos socialistas españoles, demasiado ocupados con sus querellas internas. Muñoz aporta un dato que da que pensar sobre ese enorme potencial desperdiciado por PSOE y UGT: a mediados de los años sesenta, el IG Metall tenía más de 20.000 afiliados españoles, y era la organización obrera con mayor número de miembros españoles en todo el mundo. Pero, en lugar de colaborar con el IG Metall para hacer que esos emigrantes reforzaran las líneas de la UGT cuando regresaran a España, los dirigentes del sindicato en Toulouse hicieron todo lo posible para boicotear la labor del IG Metall, al que además acusó de querer destruir el verdadero socialismo español.

Antonio Muñoz no puede ocultar su simpatía con el punto de vista de los socialdemócratas alemanes y deja entrever que el apoyo del socialismo europeo a Toulouse fue contraproducente, porque alimentó una estrategia totalmente alejada de la realidad de la España de entonces, que no hizo sino perjudicar los intereses del PSOE y la UGT. Sólo a partir de 1970 comenzó a entrecerse en ambas organizaciones una tendencia positiva gracias al ímpetu de una nueva generación de activistas del interior.

Por más que desease la renovación del PSOE, la dirección del SPD no conectó de inmediato con el grupo de Pablo Castellano, Nicolás Redondo o

Felipe González. Desconfiaban de su radicalismo y de su aparente disposición a cooperar con el PCE. Por ello, el SPD prefirió seguir confiando en el grupo de Enrique Tierno Galván, con quien habían entrado en contacto en 1965, e incluso consideraron la posibilidad de que el ala progresista de Falange, capitaneada por Manuel Cantarero del Castillo, pudiera llegar a consolidarse como un partido de izquierda moderada. A la altura de 1974, estas reticencias del SPD hacia el PSOE se mantenían aún muy vivas, y ese fue el motivo de que no enviase a ninguna figura importante al congreso de Suresnes. Por entonces, sostiene Muñoz, el PSOE era un elemento de escasa relevancia en el conjunto de la política española del SPD.

La radicalización de la Revolución de los Claveles en Portugal y el ascenso imparable del eurocomunismo en Italia modificó el cuadro de la política del SPD hacia España. Especialmente el escenario portugués, donde a partir de la primavera de 1975 socialistas y comunistas luchaban a cara de perro, convenció al partido gobernante de la RFA de que la transición hacia la democracia tras la muerte de Franco no iba a ser tan armoniosa como había venido pronosticando. De los temores por la situación en la Europa mediterránea, surgiría una improvisada «Südpolitik» de la RFA. Un elemento central de esta nueva política fue el apoyo masivo a los socialistas. Si, en España, el SPD eligió al PSOE entre las diversas opciones posibles fue porque, en privado, Felipe González se mostró abiertamente contrario al pacto con los comunistas y a la estrategia rupturista de la Junta Democrática. La política de abierta confrontación con el poder, en opinión de González, sería la antesala de una guerra civil.

Antonio Muñoz sostiene que la decisión del SPD de apoyar masivamente al PSOE resultó clave para que este partido se convirtiera, tras la muerte de Franco, en una fuerza central de la política española. Considerar que esto era algo lógico y necesario porque cuarenta años antes el PSOE había sido el partido hegemónico de la izquierda, le resulta al autor un razonamiento ahistórico. Y, sin embargo, esto es lo que ha venido sosteniendo la historiografía española durante mucho tiempo. En parte por influencia del propio PSOE, que dio mucha publicidad a la teoría simplista de que su

fuerza en la Transición se la dio la *memoria histórica* de la población. Nada habría, por tanto, influido la masiva ayuda alemana para la apertura de oficinas, para formar cuadros, o para concebir la campaña electoral del PSOE en 1977. *El Amigo Alemán* expone con gran detalle ese apoyo económico, logístico y formativo, que tuvo como protagonista a Dieter Koniecki, director de la delegación de la FFE en Madrid. A finales de 1976, Koniecki no tenía la menor duda de que había sido fundamentalmente el respaldo de los partidos europeos el que había hecho posible «que Felipe González, prácticamente un desconocido en España hace un año, haya ascendido a figura política de rango internacional».

Antonio Muñoz sostiene, por otro lado, que el gobierno socialdemócrata de la RFA fue el único en Europa con una estrategia clara hacia la transición en España. El gobierno de Bonn habría intentado influir en la evolución política tras la muerte de Franco, aprovechando sus excelentes relaciones con Madrid. Por un lado, el canciller Helmut Schmidt respaldó los intereses de España en la CEE. Pero, por otro, el gobierno federal dejó ver que ese respaldo dependía de que se mantuvieran las reformas democráticas, por ejemplo en lo que se refiere a la legalización de los partidos. Hasta qué punto esta *presión suave* influyó realmente en las decisiones de Carlos Arias Navarro o de Adolfo Suárez es algo que sólo se podrá saber cuando se abran los archivos españoles.

En este excelente estudio sólo hay un punto flaco. Los que no estén familiarizados con la política española entre 1962 y 1977 pueden tener un problema para comprender ciertos pasajes. Quizás una contextualización más consistente de las relaciones entre el SPD y el PSOE habría sido deseable. La otra carencia del libro es que los actores españoles de esta historia tienen papeles bastante más pobres que los actores alemanes. Pero, en este caso, el problema no es achacable al autor, sino a la precaria situación de los archivos españoles. Si de verdad se quiere que en España haya una historiografía seria del franquismo y la Transición, resulta urgente que se superen situaciones tan incomprensibles desde parámetros europeos como que el PSOE no permita el acceso a sus actas para el periodo posterior al congreso de Suresnes. Una

vez más el PSOE podría aquí aprender del SPD, que pone a disposición de los investigadores toda su documentación de más de veinte años.

El autor no oculta sus opiniones, pero siempre juzga basándose en argumentos comprensibles y bien documentados. *El Amigo Alemán* rompe mitos, pero lo hace sin estridencias, y con un estilo vivo y agradable. Todo ello sin que la calidad científica se resienta lo más mínimo. Sería deseable que el libro fuera muy pronto traducido al alemán.

Bernd Rother
Fundación Willy Brandt, Berlín

SANTIAGO DE PABLO, JOSÉ LUIS DE LA GRANJA, LUDGER MEES y
JESÚS CASQUETE (coords.)

Diccionario ilustrado de símbolos del nacionalismo vasco

Madrid, Tecnos, 2012, 899 pp.

ISBN: 978-84-309-5486-5

El nacionalismo (sea cual sea la patria en cuestión) apela directamente a las pasiones y los sentimientos del ciudadano: por ejemplo, la propia identidad territorial o, en sus casos extremos, el odio al «otro». Una de las claves de su fuerza radica en que dicha doctrina se basa esencialmente en lo irracional. O incluso en la fe. En otras palabras, más que convencer al individuo, procura conmoverlo. Del amplio catálogo de catalizadores que los movimientos nacionalistas emplean para conseguirlo hay uno que destaca por encima del resto: el símbolo. Se trata de una poderosa herramienta que sirve, entre otras cosas, para condensar ideologías, marcar la identidad del grupo, despertar las emociones del receptor e invitarle a la acción. Por consiguiente, con el fin último de profundizar en el funcionamiento de los patriotismos, parece recomendable que la historia política también se ocupe de estudiar sus iconos y representaciones.

Eso es precisamente lo que se ha pretendido hacer con el *Diccionario ilustrado de símbolos del nacionalismo vasco*, un amplio, riguroso y concienzudo análisis del universo simbólico de dicho movimiento desde sus orígenes hasta la actualidad. En él se disecciona el imaginario que comparte toda la cul-

tura política *abertzale* (patriota vasca), así como los símbolos privativos de cada facción en que esta se divide (el PNV y el nacionalismo vasco radical), la genealogía de sus más importantes emblemas, sus modificaciones a lo largo del tiempo, la manipulación de la que han sido objeto, su instrumentalización política, etc.

Como se anuncia en el propio texto, nos encontramos ante una obra pionera en su género. Y, como tal, seguramente servirá de modelo para otras por venir centradas en distintos patriotismos. De igual manera, tal y como se reconoce en el estudio introductorio, Jesús Casquete tuvo la idea de desarrollar este monumental trabajo tras conocer otro similar, el *Diccionario crítico de mitos y símbolos del nazismo* (Acantilado, Barcelona, 2003) de Rosa Sala Rose. A partir de entonces, y durante seis años, se puso en marcha un grupo de investigación de la Universidad del País Vasco formado por doce historiadores y científicos sociales coordinados por Santiago de Pablo, todos ellos expertos en la materia: el propio De Pablo, José Luis de la Granja, Ludger Mees, Jesús Casquete, Maitane Ostolaza, Leyre Arrieta, Coro Rubio, José María Tápiz, Virginia López de Maturana, Xosé Manoel Núñez Seixas, Iñaki Iriarte y Álvaro Baraibar.

Se trata, no cabe duda, de una obra coral har-to ambiciosa. Por su originalidad, y por el nivel de sus aportaciones, no hay duda de que el *Diccionario* está llamado a ser un libro de obligada referencia para los especialistas en la historia del *abertzalismo*. Además, no sufre de los defectos de los que habitualmente adolecen este tipo de manuales, ya que los autores han procurado hacer divulgación en el mejor sentido de la palabra. Así, aun con las inevitables diferencias entre unas y otras entradas, el *Diccionario* está escrito con amenidad, claridad y concisión. Está al alcance de cualquier lector, sin necesidad de que éste tenga conocimientos previos sobre la cuestión. Por añadidura, tiene como objeto un tema de perenne actualidad, que sigue despertando el interés de la ciudadanía, ya sea por su eco mediático o porque algunos de los símbolos que aquí se estudian son omnipresentes en Euskadi (este mismo término, la *ikurriña* [la bandera bicrucifera], etc.), al habérselos transmitidos el PNV a la Comunidad Autónoma del País Vasco durante la Transición. En definitiva, este es un producto de